

# Martín en el mundo de las cosas perdidas

Susana López Rubio



Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

© 2015, Susana López, por el texto  
© 2015, Leire Salaberria, por todas las ilustraciones  
© 2016, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambuamerica.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición en rústica: septiembre de 2016  
ISBN: 978-84-8343-426-0  
Depósito legal: B-16909-2016  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [cedro.org](http://cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([conlicencia.com](http://conlicencia.com); 0034 91 702 19 70 / 0034 93 272 04 45).

**Martín**  
**en el mundo**  
**de las cosas**  
**perdidas**  
**Susana López**

Ilustraciones de  
**Leire Salaberria**

**bam**  
**bú**  
EDITORIAL

**Martín era un experto** en perder las cosas. Ya desde bebé, los chupos y los sonajeros desaparecían de su cuna sin dejar rastro. Su colección de animales de la selva de plástico fue reduciéndose, y pasó de llenar un tambor de detergente vacío a caber dentro de una caja de zapatos. Durante su primer día en el colegio, perdió el azul y el verde de su caja de lapiceros y tuvo que colorear el cielo de castaño y los cocodrilos de rosado. Una vez, hasta logró perder el balón de fútbol en medio de un partido con sus compañeros en clase de gimnasia. En definitiva, Martín perdía continuamente libros, juguetes,

el mando a distancia de la tele, las monedas para comprar golosinas en el recreo, e incluso las propias golosinas. Raro era el día en el que no volvía a casa del colegio sin un guante o una bufanda. Y sus medias siempre estaban desaparejadas.

Martín recordaba haber leído en alguna parte que las llaves de la casa eran el objeto más perdido del mundo, y que cada persona pierde más o menos cinco cosas al mes. ¿Solo cinco? ¡Ojalá! En su caso, eran al menos veinte o treinta. Como siempre le decía su abuela, debería coserse las cosas a las manos.

A diferencia de muchos adultos, que lo regañaban por ser tan despistado o pensaban que era un desastre con patas, Martín consideraba esta particularidad algo tan propio de él como sus ojos azules o su timidez. Aunque eso no impedía que hubiera tardes, como aquella, en las que su don para perder cosas fuera un verdadero fastidio.

Martín vivía en un barrio dormitorio de una gran ciudad, lleno de edificios grises y grandes como colmenas. Esa tarde, el cielo estaba tan cargado de nubes negras que parecía que ya era de noche, a pesar de que cuando el bus escolar lo dejó en la esquina no pasaría de las cuatro de la tarde. Cuando la primera gota de lluvia le salpicó la nariz, se

dio cuenta de que había perdido el paraguas. Corrió hasta su casa calándose hasta los huesos, mientras un trueno retumbó sobre su cabeza. Tocó al timbre, pero su abuela no estaba en la casa y su mamá no salía de trabajar hasta la hora de cenar. No había problema: para eso tenía las llaves de casa, ¿no?

Un rato después, la abuela volvió a la casa cargada de bolsas del supermercado y se encontró con Martín sentado en el escalón de la puerta, tan empapado como si se hubiera duchado vestido.

–Abuelita, perdí el paraguas.

–¿Otra vez?

–Y las llaves.

La abuela sabía que tenía que regañarlo, pero el aspecto de gato mojado de su nieto le provocó una carcajada.

–Si es que eres un desastre, nene... ¡Tendrías que coserte las cosas a las manos!

Ya en la casa, Martín se refugió en una gruesa pijama y se puso una toalla a modo de turbante alrededor del pelo mojado. Martín vivía con su mamá y su abuela en un apartamento pequeño en el quinto piso del edificio. Solo tenía un saloncito y dos habitaciones, pues con el sueldo de una azafata y la pensión de una jubilada no podían permitirse una casa mayor.

Martín compartía habitación con la abuelita. No le importaba, a pesar de que más de una vez se había pegado un buen susto al despertarse en mitad de la noche y ver la dentadura postiza de su abuela sonreírle desde dentro de un vaso de agua. De mayor esperaba conservar todos sus dientes porque, si usaba dentadura postiza, estaba seguro de que la perdería. Y entonces solo podría comer cosas blanditas como papillas y purés. ¡Puaj!

**La mamá de Martín** llegó a casa a la hora de la cena y se desplomó en el sofá. Estaba tan agotada que no tenía fuerzas ni para quitarse el uniforme, y cenó vestida de azafata. La abuela había preparado sopa de letras, pero como ese día la mamá había volado dos veces a Londres, una a Ámsterdam y otra a París, la acompañaron con galletas inglesas, queso holandés y foie gras francés que había comprado en las tiendas libres de impuestos de los aeropuertos. A Martín le encantaba que sus cenas fueran tan internacionales, pero le daba tristeza de que su mamá solo conociera los aeropuertos de las ciudades, y no las ciudades en sí.



Mientras daban buena cuenta de la comida, la mamá de Martín se volteó hacia él. Su mamá hablaba poco, pero cada día siempre le hacía dos preguntas que, aunque para Martín eran aburridas, para ella eran importantes: «¿Qué comiste en el colegio?» y «¿Ya hiciste las tareas?».

Martín contestó a la primera sin problemas (hamburguesa con papas fritas), pero la segunda se le atragantó.

–No los hice. Es que necesito ayuda.

–¿De qué son?

–De escribir.

–¿Y qué les mandaron?

Martín carraspeó y sintió que la lengua le raspaba como una lija al pronunciar las frases.

–Una redacción sobre el trabajo de nuestros papás. Tenemos que leerla en voz alta y, la semana que viene, invitarlos a que vengan a clase.

Martín vio como el color desaparecía de las mejillas de su mamá, y se arrepintió de haber abierto la boca. Siempre lo mismo. Cada vez que alguien mencionaba a su papá, su mamá estaba unos segundos dolorida, como si le hubieran pegado una bofetada o hubiera bebido un sorbo de agua demasiado fría. Deseó que su profesora no hubiera tenido que jubilarse. La profesora nueva era bastante simpática, pero lle-

vaba muy poco tiempo y aún no sabía que él era el único niño de la clase sin papá. Su mamá puso fin al silencio incómodo que había invadido la mesa.

–No te preocupes. No hace falta que hagas las tareas. Ya hablaré yo con tu profesora.

–Si no me importa. Es solo que necesito ayuda, porque... –insistió Martín.

Pero su mamá zanjó el tema.

–Que no, cariño, que no los vas a hacer y punto.

La mamá de Martín esquivó su mirada. Lo hacía mucho. Martín sabía que era porque tenía los ojos azules de su papá. Le dolía mirarlo a los ojos mucho rato porque le recordaba a él. Martín pensaba que su mamá también debía de pasarlo muy mal viendo todos los días el azul del cielo desde los aviones.

Martín quería explicarle que no le importaba hacer las tareas. Que no le dolía acordarse de su papá porque murió cuando él era muy chiquito y que, simplemente, no se acordaba de él. Quería explicar eso y más, pero se le enredó la lengua. En lugar de eso, escribió una palabrota con las letras de su sopa y se la comió.

Más tarde, Martín y la abuela se pusieron las piyamas y se acostaron. Martín aprovechó que ya habían apagado la luz, pero aún no se habían dormido, para

sincerarse. A oscuras, le costaba menos hablar de sus sentimientos.

–Abuelita, ¿tú te acuerdas de cómo era papá?

–Claro, nene.

–Es que yo ya no me acuerdo de él.

La abuela suspiró. Cuando sus dientes estaban en el vaso de agua sus suspiros sonaban diferentes.

–¿No te acuerdas de nada?

Martín negó con la cabeza y luego pensó que la abuela no podía verlo negar con la cabeza a oscuras, así que tuvo que decirlo en voz alta.

–No.

La abuela volvió a suspirar.

–¡Vaya por Dios! Bueno, duérmete. –Y añadió un misterioso: «Mañana te doy una cosa.»

**A la mañana siguiente**, Martín se despertó y vio que la cama de la abuela estaba vacía. Martín no se extrañó. Los viernes, la abuela tenía la costumbre de hacer gimnasia matutina en el Centro para Mayores del barrio. Su mamá tampoco estaba, la camioneta de la compañía aérea venía a buscarla de madrugada.

Martín se duchó, se vistió, fantaseó con la posibilidad de no ir al colegio, pensó que sería una lástima perderse el fútbol del recreo, se rindió y se preparó el desayuno. Por supuesto, por el camino perdió el tapón de la pasta de dientes, un botón del suéter y la cucharilla para remover el sorbete de chocolate. No tenía remedio...

Martín estaba ocupado con el reto de arrancarse una legaña rebelde con una mano, mientras con la otra quitaba el papel a un pastel, cuando oyó que la abuela volvía de gimnasia.

–Tú y yo nos vamos al desván –dijo la abuela, con su atuendo deportivo rojo cereza a juego con sus mejillas coloreadas por el ejercicio y el frío.

–¿Adónde? –preguntó Martín.

–A nuestro desván. Cada apartamento tiene uno, en el sótano del edificio. Es como un ropero, pero más grande.

Martín se quedó muy sorprendido al enterarse de la existencia de un desván. Era un poco como descubrir de repente que su casa tenía una habitación más.

–¿Tenemos un desván? ¡Y yo sin enterarme! –protestó Martín.

–No te enojés, nene. Tu mamá y yo llevamos años sin utilizarlo –contestó la abuela.

–¿Y qué hay en el desván?

–Mastica rápido y lo verás. No quiero que pierdas el bus del colegio.

Intrigado por el brillo travieso en los ojos de su abuela, Martín engulló el pastel y se bebió el chocolate en dos tragos.

Martín y la abuela montaron en el ascensor y bajaron al sótano del edificio. Allí, entre la puerta del

garaje y la de los contadores, había un corredor estrecho y desangelado, plagado de puertas de metal.

–Nuestro desván es el último de todos –le informó la abuela.

Mientras se adentraban en el serpenteante corredor, Martín tuvo la sensación de entrar en una gruta. Olía a humedad y había telarañas en las bombillas del techo. Empezó a ponerse nervioso, pero eran nervios de emoción, como en el momento en el que bajan la barra de seguridad al subir a un vagón de una montaña rusa. ¿Qué maravillas guardaría el desván? Por un segundo, una idea loca cruzó por su cabeza. ¿Y si todos los objetos que había perdido a lo largo de los años no estaban perdidos, sino que su mamá y su abuela los habían ido guardando en secreto en el desván? Eso significaría que Martín no era un atolondrado sin remedio. Sin contar con que recuperaría cosas maravillosas como su automóvil teledirigido, o aquel gorro de lana tan calentito...

Por desgracia, sus expectativas se vinieron abajo en cuanto la abuela abrió la puerta del desván. Efectivamente, el pequeño cuartito no era mucho más grande que un ropero. El ropero menos interesante del mundo, de hecho. Dentro solo había un par de montones de revistas amarillentas, una lámpara rota, una maleta vieja y el antiguo sofá del salón.

Martín no pudo contener su desilusión.

–¡Buah! –bufó.

La abuela lo ignoró y señaló la maleta.

–Mira lo que pone en la etiqueta, anda.

Martín hizo lo propio y leyó la etiqueta raída: «Propiedad de Antonio García».

–¿Esta maleta era de papá? –preguntó, con la boca abierta.

La abuela asintió.

–Tu papá era escritor de guías de viajes. Todo un trotamundos. Así conoció a tu mamá, en un avión.

Martín miró la vieja maleta con un nuevo respeto. En un segundo, había pasado de ser un vulgar objeto a ser un pedacito de su pasado.

–Yo pensaba que mamá había botado todas las cosas de papá –dijo Martín.

La abuela volvió a asentir.

–Cuando murió, tu mamá sufrió tanto que se deshizo de todo lo que le recordara a él. Pero yo guardé una cosa.

–¿La maleta?

–Y algo aún mejor. Ábrela.

Martín abrió la maleta con manos temblorosas. Dentro había un álbum de fotos con tapas de plástico castaño y, en la primera página, una foto de su mamá y su papá con un bebé en brazos. Martín notó

un nudo en la garganta del tamaño de una semilla de albaricoque. Se esforzó para que no se le notaran las ganas de llorar. ¡Ni que siguiera siendo un bebé como en la foto!

A pesar de sus esfuerzos, Martín sintió que la abuela se había dado cuenta. Las abuelas son como los murciélagos. Tienen un radar interno que, en vez de para volar, les sirve para notar cuando sus nietos están al borde de las lágrimas. Pero su abuela no quiso apenarlo y, a pesar de haberse dado cuenta, Martín le agradeció que hiciera como que no.

–Son las únicas fotos que quedan de tu papá –le explicó la abuela.

Martín siguió pasando páginas. Su papá y su mamá sacando la lengua; Martín de bebé, en una silla alta y con cara de pocos amigos, con su papá tratando de darle de comer puré de verduras; Martín, con apenas tres añitos; con su papá en el zoo; posando junto a unas jirafas...

–Con este álbum, ya no podrás decir que no te acuerdas de él.

Martín le habría dado las gracias si la semilla de albaricoque de su garganta no hubiera crecido hasta convertirse en una de durazno.

–Martín, tienes que prometerme dos cosas. La primera es que no se lo mostrarás a tu mamá, ni le

dirás que te lo di. Los recuerdos le hacen más mal que bien. Lo comprendes, ¿verdad?

Martín asintió, lo comprendía.

–Y la segunda, que tendrás cuidado con el álbum. Que ya nos conocemos y a veces eres un despiste, nene.

De nuevo, Martín dijo que sí.

–Me lo coseré a las manos, abuelita –prometió, aunque le temblara un poco la voz al decirlo.

La abuela sonrió y le revolvió el pelo.

–Y ahora, corriendo, que vas a perder el bus del colegio.

Martín y la abuela volvieron a la casa con el tiempo justo para agarrar las cosas para el colegio. Con el álbum de fotos en las manos, Martín tuvo que elegir entre dejarlo debajo de la almohada en su cama o llevarlo consigo. Tomar decisiones apresuradas nunca había sido su fuerte. En el fútbol, cuando estaba solo delante del portero y tenía que elegir hacia qué lado tirar, siempre elegía mal por los nervios. Por una parte, dejar el álbum en casa era lo más prudente. Aunque, por otra, las fotos podían hacer que la clase de lengua no fuera una pesadilla. Los otros niños traerían a sus papás, pero él podría mostrarles las fotos y contarles que su papá había sido un trotamundos.

Dicho y hecho –o, más bien, pensado y hecho–. Martín se guardó el álbum en el morral. Y así, tomó la decisión equivocada que cambiaría su destino.

**Como todas las mañanas**, el bus escolar era un caos. Niños y niñas se pegaban mocos mutuamente, pintaban monigotes en los cristales empañados y terminaban las tareas a última hora y a toda velocidad.

La monitora, Rebeca, una alumna de diecisiete años del último curso, hacía tiempo que les había dado por imposibles, y se limitaba a sentarse en la primera fila con su música a todo volumen para no oír el alboroto. A Martín le daba un poco de miedo. En parte porque siempre iba de negro –uñas y labios incluidos–, y, sobre todo, porque claramente odiaba

a los niños. Martín subió al bus y saludó a Rebeca con un tímido «Hola, Rebeca». Ella le devolvió el saludo mirándolo con hastío y explotando una pompa de chicle. Martín se apresuró a sentarse.

Su compañero en el bus era Diego, un niño de otra clase. Todo lo que Martín tenía de tímido, Diego lo tenía de parlanchín, así que se llevaban bien. Mientras se sentaba, Martín descubrió con sorpresa que Diego llevaba una mata, con su maceta de cerámica y todo, en el regazo.

–¿Y esa mata? –le preguntó Martín.

–Un tronco del Brasil, para Naturales. Hoy nos mandaron traer una mata a cada uno, para estudiar la fotosíntesis. Un rollo.

Diego no parecía nada contento, probablemente porque, cada vez que el bus frenaba o aceleraba, las hojas de la mata le hacían cosquillas en la nariz.

Carolina, una niña con lentes de la clase de Diego que se sentaba delante de ellos, metió baza en la conversación.

–Yo traje un geranio. ¿A que es bonito? –dijo.

–Los geranios son aburridos. Todas las mamás del mundo tienen geranios en el balcón. Mi tronco del Brasil es más raro y luce más –contestó Diego para impresionarla. (Martín estaba casi seguro de que a Diego le gustaba Carolina). Carolina no se calló.

–Pues yo leí en internet que los troncos del Brasil tienen tarántulas.

Martín y Diego abrieron los ojos como platos.

–¿Qué? Te lo estás inventando –afirmó Diego, mientras alejaba todo lo posible la mata de su nariz.

–Si prestaras más atención en Naturales, sabrías que muchas arañas ponen sus huevos en los troncos de las matas. Te apuesto lo que quieras a que las tarántulas brasileñas lo hacen. Seguro que en tu tronco hay una tarántula o dos –concluyó.

–¿Y en los geranios no hay tarántulas? –preguntó Diego.

–A las tarántulas no les gustan los geranios –contestó Carolina, convencida.

Martín y Diego compartieron una mirada de duda. Por un lado, no era la primera vez que Carolina se burlaba de ellos. Pero, por otro, la muchacha sacaba las mejores calificaciones de la clase. Si alguien sabía de tarántulas y sus costumbres, era ella. Un chillido de Carolina los sacó de sus pensamientos.

–¡Mirad, ahí! ¡En la mata se ha movido algo!

–¿Dónde? –preguntó Diego.

–Ahí, detrás de esa hoja.

La hoja del tronco del Brasil se agitó como si hubiera oído a Carolina.

–Se mueve por el traqueteo del bus –dijo Diego, justo cuando el bus estaba detenido en un semáforo.

La hoja volvió a moverse y Martín, Diego y Carolina pegaron un salto a la vez.

–¿Es una tarántula? –preguntó Diego con un hilo de voz.

–No lo sé, voltea la hoja –propuso Carolina.

–Sí, claro –protestó Diego–, para que me pique y me muera.

–Las tarántulas no tienen veneno –repuso Carolina–. O eso creo.

Diego miró a Carolina, indignado.

–¿O eso creo?

Ella se encogió de hombros.

–Me perdí esa clase. Tenía anginas –confesó.

–Para una cosa que necesitamos saber y tú vas y te pierdes la clase.

–¿Y tú qué? Podías haber prestado atención a la profesora por una vez.

Martín suspiró. Cuando Diego y Carolina discutían, era el cuento de nunca acabar. La mata volvió a agitarse con fuerza y Martín decidió que, tarántula venenosa o no, averiguaría qué había detrás de la hoja. Martín metió su mano dentro de la manga del suéter para protegerla, y volteó la hoja antes de poder arrepentirse.

Algo verde y escurridizo saltó y aterrizó en los lentes de Carolina. «¿Una tarántula verde?», pensó Martín. Pero no, el habitante del tronco del Brasil no era una tarántula, sino una lagartija.

Carolina y la lagartija se miraron mutuamente, tan solo separadas por el fino vidrio de los lentes. Hasta que la niña chilló y la lagartija volvió a saltar, de los lentes a la nariz de Diego. De allí, al hombro de Martín, al respaldo de un asiento, a las trenzas de una niña, a la coronilla de otro niño... Los cosquilleos de la lagartija mientras saltaba de cabeza en cabeza, unidos a los chillidos de Carolina, convirtieron el alboroto normal del bus en una algarabía en toda regla.

El periplo de la lagartija terminó con un aterrizaje en la calva del chofer del bus, que frenó de repente y causó que todos los morrales se cayeran de los maleteros; y que Rebeca se tragara el chicle, del susto.

Martín recuperó su morral de entre el maremágnum de morrales caídos que se había formado en el corredor del bus. Para colmo, algunos se habían abierto al chocar contra el suelo, y los niños tardaron lo que quedaba de camino hasta llegar al colegio en desenmarañar el barullo de estuches, lápices, ropa de gimnasia y demás pertenencias.

–La que organizaste –reprochó Carolina a Diego.

–¿Ves como los troncos del Brasil no tienen tarántulas? –reprochó Diego a Carolina.

El bus se detuvo enfrente del colegio y Rebeca pegó un grito para que bajaran.

–¡Se acabó la fiesta! ¡Todo el mundo a clase! ¡Y como me entere de quién fue el gracioso que soltó el bicho asqueroso ese en el bus, que se prepare!

Ocupado en desenredar el cordón de su zapatilla de fútbol de la espiral del cuaderno de matemáticas de Carolina, Martín levantó la vista y vio como la lagartija se escurría por la puerta abierta del bus, sin que Rebeca, ni nadie, la viesan. Se alegró por la lagartija. Si la hubiera atrapado, Rebeca habría sido muy capaz de cocinarla, como decía su abuela. No fue hasta un rato después, al llegar a clase, sentarse y sacar los libros, que Martín se dio cuenta de que había perdido el álbum de fotos.